

tas. Agora, que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios, que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que después que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos, y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazón presumia de buen soldado y era tenido en esta reputación, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer; y en aquella sazón yo habia delante de mis capitanes; y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos que dicho tengo, temia yo que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa desde entonces temí desta cruel muerte; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazón; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor; y tambien quiero decir que cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos encuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona agora á la postre mas arraigado que nunca; porque, si bien lo sé contar y traer á la memoria, desde que vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la Punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito cuando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba. Dejemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y encuentros de Tlascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos á Narvaez me señalaron para que les fuésemos á tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los mejicanos nos echaron de Méjico, ó por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus alrededores, y en otros encuentros que tuvimos con los mejicanos cuando estábamos en Tezcuco sobre coger las miélpas de maíz, y en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortaleza que

ganó Cortés, y en lo de Suchimileco, é otros muchos encuentros; y entré con Pedro de Albarado con los primeros á poner cerco á Méjico, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Albarado; y después desto, cuando desbarataron por la misma nuestra parte y llevaron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas ya por mi memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueldades que dieron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros; ya he dicho que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo; porque, como he dicho, sentia yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temia la muerte; y todas aquestas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, verán en mi relacion en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera otras muchas entradas y encuentros tuvo Cortés y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas; pues aun no han sido nada los trabajos y peligros y encuentros de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga á coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mejicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo lleváronlos, y no digo matáronlos, y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus ídolos, y aun primero les hacian bailar delante de Huichilóbos, que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa por que he dicho los llevaron. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado Méjico.

CAPITULO CLVII.

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar antes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de Méjico; é que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de Méjico de todas aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las

enterrasen, para que quedasen limpias y sin que hubiese hedor ninguno en toda aquella ciudad; y que todas las calzadas y puentes que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas; y luego les señaló Cortés en qué parte habian de poblar, y la parte que habian de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejémonos agora destos mandados y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron á nuestro capitán Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habiamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales; que le pedian por merced que se las hiciese volver; y Cortés les respondió que serian muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenian, y puso alguna dificultad en ello; pero que las buscasen y trajesen ante él, é que veria si eran cristianas ó si querian volver á casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaria dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, é un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diese si las indias se querian volver de buena voluntad con ellos; y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y las mas dellas no quisieron ir con sus padres ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondian, y otras decian que no querian volver á idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera, no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen. Dejemos desto, y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en que estuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fué á Pedro de Albarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decia de la Pedrada. Digamos de otra materia: cómo se recogió todo el oro y plata y joyas que se hubieron en Méjico, é fué muy poco, segun pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro dias antes que se prendiese; é que demás desto, que lo habian robado los tlascaltecas y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra; y demás desto, que los que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales del Rey decian y publicaban que Guatemuz lo tenia escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello él todo para sí; y por estas causas acordaron de dar tormento á Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado; y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habian hecho pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decian que no habia mas de lo que los oficiales del Rey tenian en su poder, y eran hasta trecientos y ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habian fundido y hecho barras; y de allí se sacó el real quinto, é otro quinto para Cortés; y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vie-

ron tan poco oro, y al tesorero Julian de Alderete le decian algunos dellos que tenian sospecha que por quedarse Cortés con el oro no queria que prendiesen al Guatemuz ni le diesen tormento; y porque no le achacasen algo á Cortés, y no lo podia excusar, consintió que le diesen tormento á Guatemuz, como al señor de Tacuba; y lo que confesaron fué, que cuatro dias antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, así el oro como los tiros y escopetas y ballestas, y otras muchas cosas de guerra que de nosotros tenian de cuando nos echaron de Méjico y cuando desbarataron agora á la postre á Cortés; y fueron adonde Guatemuz habia señalado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna; y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz á las casas donde solia vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz; y el señor de Tacuba dijo que él tenia en unas casas suyas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá é que diria dónde estaba soterrado y lo daria; y fué Pedro de Albarado y seis soldados con él, é yo fui en su compañía; y cuando llegamos dijo que por morirse en el camino habia dicho aquello, é que le matasen, que no tenia oro ni joyas ningunas; y así, nos volvimos sin ello, y así se quedó, que no hubimos mas oro que fundir; verdad es que la recámara del Montezuma, que después poseyó el Guatemuz, no se habia llegado á muchas joyas y piezas de oro, que todo ello tomó para que con ello sirviésemos á su majestad; y porque habia muchas joyas de diversas hechuras y primas labores, y si me parase á escribir cada cosa y hechura dello por sí, seria y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relacion; mas dijeron allí muchas personas, é yo digo de verdad, que valia dos veces mas que la que habia sacado para repartir el real quinto de su majestad; todo lo cual enviamos al Emperador nuestro señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la isla de Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual diré adelante cómo y dónde, en qué manera y cuándo fueron. Y dejemos de hablar dello, y volvamos á decir que en la laguna, donde decia Guatemuz que habia echado el oro, entré yo y otros soldados á zabullidas, y siempre sacábamos pecezuelos de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julian de Alderete; y ellos mismos fueron con nosotros adonde lo habiamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa ó cien pesos de sartalejos de cuentas y ánades y perillos y pinjantes y collarejos y otras cosas de nonada, que así se puede decir, segun habia la fama en la laguna del oro que de antes habia echado. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos de ver el poco oro que parecia y las partecillas que dello nos daban; y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, y Alonso de Avila, que entonces habia vuelto de la isla de Santo Domingo de cuando le enviaron por procurador, y Pedro de Albarado y otros caballeros y capitanes dijeron á Cortés que, pues que habia poco oro, que las

partes que habían de caber á todos que las diesen y repartiessen á los que quedaron mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos, y á otros que se habían quemado con la pólvora, y á otros que estaban dolientes de dolor de costado; que á aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos seria bien dársele, é que todos los demás que estábamos sanos lo habríamos por bien; y si esto le dijeron á Cortés, fué sobre cosa pensada, creyendo que nos daría mas que las partes que nos venían, porque había mucha sospecha que lo tenían escondido todo; y lo que respondió fué, que vería las partes que cabían, é que visto, en todo pondría remedio; y como todos los capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabía de parte, é dábamos prisa para que se echase la cuenta y se declarase á qué tantos pesos salíamos; y después que lo hubieron tanteado, dijeron que cabían los de á caballo á cien pesos, y á los ballesteros y escopeteros y rodeaderos que no se me acuerda bien; y de que aquellas partes nos señalaron, ningún soldado lo quiso tomar; y entonces murmuramos de Cortés y del tesoro Alderete, y el tesoro por descargarse decía que no podía haber mas, porque Cortés sacaba otro quinto del monton, como el de su majestad, para él, y se pagaba de muchas costas de los caballos que se habían muerto, y también dejaban de meter en el monton otras muchas piezas que habíamos de enviar á su majestad; y que riñésemos con Cortés, y no con él; y como en todos tres reales había soldados que habían sido amigos y paniaguados del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, de los que habían pasado con Narvaez, que no estaban bien con Cortés, como vieron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisieron recibir lo que les daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir con carbon y con otras tintas, amanecían cada mañana escritos motes, unos en prosa y otros en versos, algo maliciosos, á manera como mase-pasquines é libelos; y unos decían que el sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, é que si algunas veces salen mas de la inclinación para que fueron criados mas de sus medidas, que vuelven á su ser, y que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar; y otros decían que mas conquistados nos traía que la misma conquista que dimos á Méjico, y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva-España, sino conquistados de Hernando Cortés; y otros decían que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino tomar parte de quinto como rey, sin otros aprovechamientos que tenía; y otros decían: «¡Oh, qué triste está el alma mia hasta que la parte vea!» Otros decían que Diego Velazquez gastó su hacienda é descubrió toda la costa hasta Pánuco, y la vino Cortés á gozar; y decían otras cosas como estas, y aun decían palabras que no son para decir en esta relacion. Y como Cortés salía cada mañana y lo leía, y como estaban unas chanzonetas en prosa y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia cada mote y copla á lo que iba inclinada y á la fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas

á loas de sus heróicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velazquez y Grijalva y Narvaez, respondía también por buenos consonantes y muy á propósito en todo lo que escribía; y de cada día iban mas desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios.» Y amanecía mas adelante: «Y aun de sabios y verdades.» Y aun bien supo Cortés quién lo escribía, y fué un Fulano Tirado, amigo de Diego Velazquez, yerno que fué de Ramirez el viejo, que vivía en la Puebla, y un Villalóbos, que fué á Castilla, y otro que se decía Mansilla, y otros que ayudaban de buena para Cortés á los puntos que le tiraban; y de tal manera andaba la cosa, que fray Bartolomé de Olmedo le dijo á Cortés que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. Fué buen consejo, y mandó Cortés que no se atreviese ninguno á poner letreros ni perques de malicias; que castigaria á los desvergonzados que escribiesen con graves penas, y á fe que aprovechó. Dejemos desto, y digamos que, como había muchas deudas entre nosotros, que debíamos de ballestas á cuarenta y á cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos, y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras las cosas que habíamos comprado; pues un cirujano que se llamaba maestre Juan, que curaba algunas malas heridas y se igualaba por la cura á excesivos precios, y también un médico que se decía Murcia, que era boticario y barbero, también curaba; y otras treinta trampas y zarabusterías que debíamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban; y el remedio que Cortés dió fué, que puso dos personas de buena conciencia, que sabían de mercaderías, que apreciases qué podían valer las mercaderías y cosas de las que habíamos tomado fiado, y que lo apreciases; llamábanse los apreciadores el uno Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decía Fulano de Llerena; y se mandó que todo aquello que aquellos apreciadores dijese que valía cada cosa de las que nos habían vendido, y las curas que nos habían hecho los cirujanos, que pasasen por ello; é que si no teníamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa también se hizo: que todo el oro que se fundió echaron tres quilates mas de lo que tenía de ley, porque ayudasen á las pagas, y también porque en aquel tiempo habían venido mercaderes y navios á la Villa-Rica, y creyendo que en echarle los tres quilates mas, que ayudasen á la tierra y á los conquistadores; y no nos ayudó en cosa ninguna, antes fué en nuestro perjuicio; porque los mercaderes, porque aquellos tres quilates saliesen á la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías y cosas que vendían cinco quilates, y así anduvo el oro de tres quilates tepuzque, que quiere decir en la lengua de indios cobre; y así agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes y de merecimiento el señor don Fulano de tal nombre, Juan ó Martin ó Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos á Fulano de tal nombre tepuzque. Volvamos á nuestra plática: que viendo que no era justo que

el oro anduviese de aquella manera, se envió á hacer saber á su majestad para que se quitase y no anduviese en la Nueva-España; y su majestad fué servido de mandar que no anduviese mas, é que todo lo que se le hubiese de pagar en almorzarifazgo y penas de cámara que se le pagase de aquel oro malo hasta que se acabase y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo á Castilla. Y quiero decir que en aquella sazón que esto pasó ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas y salir fuera de mi relacion. Volvamos á ella, y diré que, como Cortés vió que muchos soldados se le desvergonzaban y le pedían mas partes, y le decían que se lo tomaba todo para sí, y le pedían prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio y de enviar á poblar á todas las provincias que le pareció que convenía que se poblases. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese á poblar á Tutepeque, é que castigase unas guarniciones mejicanas que mataron cuando salimos de Méjico sesenta personas, y entre ellas seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narvaez; é que poblase á Medellín, é que pasase á Guacacualco é que poblase aquel puerto, y también mandó que fuese á conquistar la provincia de Pánuco; y á Rodrigo Rangel que se estuviese en la Villa-Rica, y en su compañía Pedro de Ircio; y á Juan Velazquez Chico mandó que fuese á Colima, y á un Villa-Fuerte á Zacatula, y Cristóbal de Olí que fuese á Mechoacan; ya en este tiempo se había casado Cristóbal de Olí con una señora portuguesa, que se decía doña Filipa de Araujo; y envió á Francisco de Horzco á poblar á Guaxaca, porque en aquellos días que habíamos ganado á Méjico, como lo supieron en todas estas provincias que he nombrado que Méjico estaba destruida, no lo podían creer los caciques y señores dellas, como estaban lejos, y enviaban principales á dar á Cortés el parabien de las vitorias, y á darse y ofrecerse por vasallos de su majestad, y á ver cosa tan temida como dellos fué Méjico si era verdad que estaba por el suelo; y todos traían grandes presentes de oro, que daban á Cortés, y aun traían consigo á sus hijos pequeños, y les mostraban á Méjico, y como solemos decir: «Aquí fué Troya;» y se lo declaraban. Dejemos desto, y digamos una plática que es bien que se declare; porque me dicen muchos curiosos lectores que ¿qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España y la grande y fuerte ciudad de Méjico, por qué no nos quedamos en ella á poblar y no nos veníamos á otras provincias? Tienen razon de lo preguntar; quiero decir la causa por qué, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma mirábase de qué partes le traían el oro, y dónde había minas y cacao y ropa de mantas; y de aquellas partes que veíamos en los libros que traían los tributos del oro para el gran Montezuma, queríamos ir allá, en especial viendo que salía de Méjico un capitan principal y amigo de Cortés, como era Sandoval; y también como víamos que en todos los pueblos de la redonda de Méjico no tenían minas de oro ni algodón ni cacao, sino mucho maíz y maqueyales, de donde sacaban el vino, y á esta causa la teníamos por tierra pobre, y nos fuimos

á otras provincias á poblar, y en todas fuimos muy engañados. Acuérdomme que fuí á hablar á Cortés que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dijo: «En mi conciencia, hermano Bernal Diaz del Castillo, que vivis engañado; que yo quisiera que quedáredes aquí conmigo; mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, é yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere; mas bien sé que os arrepentiréis por me dejar.» Volvamos á decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey, por las esclavas que habíamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria qué tantos de á caballo ni ballesteros ni escopeteros ni soldados, ni en cuántos días de tal mes despachó Cortés á los capitanes para que fuesen á poblar las provincias por mí arriba dichas, porque sería larga relacion; basta que digo pocos días después de ganado Méjico é preso Guatemuz, é de ahí á otros dos meses envió á otro capitan á otras provincias. Dejemos ahora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa-Rica, con dos navios, un Cristóbal de Tapia, veedor de las fundaciones que se hacían en Santo Domingo, y otros decían que era alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traía provisiones y cartas misivas de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, é se nombraba arzobispo de Rosano, para que le diésemos la gobernacion de la Nueva-España al Tapia; é lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII.

Cómo llegó al puerto de la Villa-Rica un Cristóbal de Tapia, que venía para ser gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los capitanes y soldados por mí ya dichos á pacificar y poblar provincias, en aquella sazón vino un Cristóbal de Tapia, veedor de la isla de Santo Domingo, con provisiones de su majestad, guiadas y encaminadas por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, porque así se llamaba, para que le admitiesen á la gobernacion de la Nueva-España; y demás de las provisiones, traía muchas cartas misivas del mismo obispo para Cortés y para otros muchos conquistadores y capitanes de los que habían venido con Narvaez, para que favoreciesen al Cristóbal de Tapia; y demás de las cartas que traía cerradas y selladas del Obispo, traía otras en blanco para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traía grandes prometimientos que nos haría muchas mercedes si dábamos la gobernacion al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decía que su majestad nos enviaria á castigar. Dejemos desto; que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Veracruz delante de Gonzalo de Albarado, hermano de Pedro de Albarado, que estaba en aquella sazón por teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel, que solía estar allí por alcalde mayor, no sé qué desatinos había hecho cuando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo; y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Albarado las obedeció y puso sobre su cabeza como provi-